



Javier, de 40 años, ha hecho el recorrido de muchos de sus compatriotas. Tras padecer la crisis económica y de seguridad que afectó a Venezuela, migró en 2016. Vivió un año en Perú y cuatro en Chile, y en 2022 decidió regresar a su país, momento en que habló por primera vez con "Sábado". Hace una semana fue testigo de los bombardeos y el arresto de Maduro por parte del gobierno estadounidense. "La incertidumbre la tenemos todavía porque no sabes qué va a pasar", dice ahora desde Caracas.

POR ANTONIA DOMEYKO ILUSTRACIÓN FRANCISCO JAVIER OLEA

"Mi suegra y mi cuñada querían irse, pero yo actué con sangre fría. Les dije '¿A dónde vamos a ir? Si acá cae una bomba, tú te acaba con todo'".

3 de enero 2026. Higuerote, Venezuela

Eran las dos de la mañana cuando Javier, mecánico de autos de 40 años, se despertó por un ruido intenso, que describió como una explosión. A solo 150 metros del departamento en Higuerote —el bolívariano donde se encontraba con su señora, su hija, su cuñada y su suegra— había un aeroplano. Luego de escuchar el estruendo, Javier se levantó y se asomó al balcón pensando que había explotado alguna avioneta o un estanque de bencina.

—Al mirar, lo que vi no era el fuego negro que se ve cuando hay cosas que se están quemando, sino como unas luces cayendo. Despúes supe que eran bombas que caían en el aeroplano.

Desde ahí, sin entender lo que estaba ocurriendo, pudo ver cuatro explosiones más, mientras su teléfono y los de su familia empezaron a sonar.

—Nos llamaron nuestros familiares de Caracas para contarnos que allí las explosiones eran aún más fuertes. Mi suegro que estaba en mi casa en Caracas me decía "están bombardeando Venezuela, hay helicópteros volando muy bajito y cayó una bomba en las Antenas El Volcán", lugar que está muy cerca de mi casa, lo que cortó la luz y el internet del sector. Esa noche en Caracas nadie durmió —relata Javier—. Piensas tanto cosas en ese momento, pero lo que se decía era que era un ataque de Estados Unidos.

A Javier no se le pasó por la mente que estuvieran capturando a Maduro. Cuenta que la gente del balneario empezó a salir a la calle, a subir a sus autos, y la carretera que se veía desde su balcón se llenó de tráfico. Poco rato después se escuchó una nueva explosión.

—Ahí yo ya estaba súper alerta y escuché claro cómo la bomba venía y la vi. Me asusté porque dije: si esto lanza todo un segundo ataque es por algo. Mi suegra y mi cuñada querían irse, pero yo actué con sangre fría. Les dije "¿A dónde vamos a ir? Si acá cae una bomba, si te tomas dejeja de una mesa, no va a servir de nada. Si acá cae una bomba, se acaba con todo".

Javier no durmió en toda la noche. Recién pasadas las seis de la mañana, cuando ya había amanecido y hacia varias horas que no ocurría una explosión, pudo descansar un momento.

Cuando despertó, dos horas después, él, sus cercanos y muchos venezolanos se enteraron por una foto que publicó el Presidente Trump en redes sociales de lo que lo que había ocurrido había sido un operativo de Estados Unidos en el que habían detenido a Nicolás Maduro. Se enteró también de que probablemente el bombardero en ese aeropuerto cercano era para cortar las salidas del lugar y evitar que el líder venezolano lograra escapar.

Javier se subió a su auto para observar qué estaba pasando en la calle.

—Había uno que otro local abierto y mucha gente haciendo fila para comprar. Me puse a hacer la fila, estuve como una hora esperando y compré más que todo para la niña, comidas, jugos y huevos, cosas así como preventivas, porque uno no sabe qué va a ocurrir. Obviamente ya sabíamos que habían agarrado a Maduro, pero la incertidumbre la tenemos todavía porque tú no sabes qué va a pasar en el país.

Luego de regresar al departamento, ese día no volvió a salir. Estuvo todo el día viendo televisión. Llamo a algunos amigos que habían decidido volver a Caracas para preguntarles cómo estaba el camino y los responderon que no había problema.

El lunes 5 de enero, Javier y su familia decidieron viajar de vuelta a la capital. Al entrar a Caracas, notó que había muy poca gente en la calle.

Mientras manejaba se realizó la primera audiencia de Maduro ante el tribunal estadounidense. Lo vio en su teléfono, pero explicó que es algo de lo que no conversa con mucha gente.

Javier no es su verdadero nombre. Pidió resguardar su identidad por seguridad.

—Me da miedo también esta llamada porque aquí hay tanta información de que están interviniendo los teléfonos que uno se asusta. De hecho, yo sé mis redes sociales no comparto nada. Que estoy en la playa si lo puedo poner, pero estoy celebrando por lo de Maduro, no. Uno siempre tiene que cuidarse de todo eso —dice Javier ya de regreso en su casa en Caracas.

Febrero de 2023. Caracas

Hace dos años, cuando regresó a su país luego de migrar y probar suerte en Perú y Chile, Javier habló por primera vez con "Sábado".

—La conexión a internet aún no es muy buena. Me vine donde vivo porque aquí agarrá el wifi, en mi casa no conecta —dice Javier al teléfono en esa oportunidad—. Desde que llegó ayán su papa hizo que le fuera cada vez más difícil conseguir bencina y también repuestos para sus vehículos, complicando su fuente de trabajo.

Mientras, nota que muchos de sus compatriotas —lilan y escuchaba comentarías de amigos que le decían que en el extranjero habían mejores opciones. Lo que finalmente decidió dejar Venezuela. Partió a Perú.

—Pensaba que afuera podía lograr algo más. Pero cuando llegó a Perú, a la semana

ya me quería venir para Venezuela. No me regresé porque ya había pagado la habitación —dijo Javier.

Para conseguir dinero estuvo vendiendo café y chocolate caliente en la calle durante cuatro meses. Luego, un amigo le consiguió un trabajo lavando platos en un restaurante, donde logró llegar a estar a cargo del local. Su señora seguía en Venezuela y la situación allá continuó empeorando, por lo que ella decidió irse también a Perú donde Javier. En ese momento, el contacto una amiga de su señora que estaba en Chile y les ofreció recibirlas. A mediados de 2017 se vinieron en bus a Chile. Llegaron a Coquimbo, donde estaban viviendo su amiga.

—Me gustó mucho la costa.

Una semana almorzaron donde su amiga, luego arrendaron una cabina mientras él consiguió un trabajo en un restaurante.

—Era súper mal pagado, trabajaba desde las diez de la mañana hasta las cinco de la tarde, descansaba dos horas y volvía hasta las doce de la noche, todo por diez mil pesos. Pero teníamos que pagar el arriendo y mi señora no encontraba empleo.

Después trabajó regando platos y jardines en un comedor cárdena, donde lo contrataron y logró sacar la visa transitoria. Su señora consiguió también un trabajo cuidando niños en una casa particular. Luego el entró a la construcción, comenzó como jornal escasos ingresos y llegó a ser maestro de terminaciones. Y en los veranos se subió a un simbólico que cuidaba autos en la playa. Pero llegó la pandemia. Su trabajo se apresó a hacer muebles en su casa y un tiempo después logró que le dieran un espacio en una carpintería que había a pocas cuadras.

—Le pedí espacio al señor para ahí mis muebles y empe-

cí a vender por Facebook. Yo tenía ya todas mis herramientas, me estaba vendiendo bien hasta que una noche por un cortocircuito se quemó la carpintería y perdí todo —relató Javier—. Ahí ya me quedé muy desilusionado y me quería volver a Venezuela. Estar ahí tantos años luchando por algo y se te quemó de la noche a la mañana, uno dice otra vez tengo que empezar de cero. Comenzó a extrañar a tu gente, te pega la nostalgia, estás con altos y bajos emocionales fuertes. Mis suegros y mis padres estaban en Venezuela y mi papá murió en plena pandemia. Yo no pude despedirme, fui de cáncer, y no pude viajar porque la frontera estaba cerrada.

Además, a mediados de 2021 muchos conocidos le comentaron que Venezuela estaba cambiando, que había más alimentos y que la seguridad estaba mejorando. Unos meses después, en mayo de 2022, vendieron todas sus pertenencias, compraron pasajes en avión y regresaron a Venezuela.

Javier aún recuerda el día que aterrizó en Caracas después de haber estado cinco años fuera.

—Al llegar quedé sorprendido. Antes cuando trabajaba como taxista en Caracas, me tocaba ir al aeropuerto, que era muy transitado, pero cuando llegó parecía un desierto. Había solo dos aviones, muchos estacionamientos vacíos y no había autos. Me puse a hablar con la gente que te ayuda con las maletas y me decían que estaba llegando solo siete vuelos semanales.

Al recorrer la ciudad por primera vez en 2022, notó que la mayoría de las construcciones estaban descascadas y que habían muchas áreas verdes y plazas abandonadas.

—Para mí, Venezuela es inexplicable, tú ves dos realidades al mismo tiempo. Te paras en un semáforo y puedes ver una persona con un lujoso dinner y al lado otra que lleva dos días sin comer. Delante, al lado, se pude haber una casa que cuesta 100 mil dólares, y al lado de enfrente se encuentra 200 dólares y se está vendiendo todo malo. Todo lo ves en el mismo espacio —relató.

Sin embargo, las impresiones fueron muy distintas cuando llegó a su casa, donde lo esperaba su familia.

—Fue muy emocionante, lloré como un día. Había dejado todos mis muebles y estaba todo intacto. Empieza a acomodar y disfrutar mi casa, porque la había construido y al poco tiempo me tuve que ir. Y cuando vi a mi perro y me reconoció, fue increíble.

Había logrado juntar algunos ahorros en su paso por Chile, los que a su regreso a Venezuela le permitieron tener unos meses cubiertos para buscar trabajo y costear el nacimiento de su primera hija. Pero de todos modos, dice, tuvo que pedir un préstamo a su madre para pagar el parto. Para ellos atenderse en el servicio público no era una opción.

—Me costó unos 4 mil dólares el parto. En ese momento, el sistema de salud público no estaba funcionando bien.

Hoy Javier, agrega que el sistema de salud no ha mejorado.

—Aún no hay insomos en los hospitales; si te vas a operar, tienes que llevar el desinfectante, los guantes, los lentes, el tapaboca; todo lo que va a usar el doctor se lo tienes que llevar en la mayoría de los casos. Para mi hija, cualquier consulta médica, siempre es privada.

Nueve meses estuvo sin trabajo, hasta que decidió comenzar a ofrecer servicios a talleres mecánicos, lo que hace hasta hoy.

—Mis amigos muchos trabajan, pero no en trabajos fijos. La mayoría se mantiene haciendo cosas. De repente, te limpian un jardín y te cobran un poquito más y hacen una costa por aquí, una costa por allá. Y así se mantienen. Estar contratado en algún lugar no conviene porque el sueldo mínimo es muy, muy bajo.

Actualmente el salario mínimo en Venezuela es de 130 bolívares al mes, lo que a fines del año pasado equivalía a medio dólar. Es decir 500 pesos chilenos.

6 de enero 2026. Caracas

Javier hace una pausa y respira hondo. Está en Caracas, en su casa, en la rara normalidad que siguió al bombardeo. Estima que el primer indicio de que algo podría ocurrir en Venezuela fue en octubre de 2025, cuando el gobierno de Estados Unidos anunció que instalaría en el mar Caribe, el portaviones USS "Gerald Ford", el más grande de su flota, como parte de su campaña contra las narcodelanças y redes criminales.

—Al principio, cuando los Estados Unidos decantaron que iban a poner los barcos aquí en el Caribe, esas primeras semanas fueron de tensión. Obviamente estaban los militares por ahí entrenando y apareciéndose en las noticias. Tú dices: "Están los barcos aquí mismo en el Caribe y en cualquier momento pasa algo". Pero como para bastante tiempo, pasaron meses, ya la tensión fue bajando y yo creo que esto que pasó nos pilló desprevenidos. Al menos para mí y mis cercanos fue así.

De hecho, relata que en los últimos meses se había pintado edificios y recuperado áreas verdes. También que en la reciente

Natividad, el gobierno decoró con muchas luces y adornos los espacios públicos. A Javier, además, le llamó mucho la atención cómo la gente salía a las calles a comprar.

—Había demasiada gente en la calle comprando regalos, muchas personas adquiriendo electrodomésticos en diciembre. La gente salía con televisores. Me imagino que los hijos que están afuera ayudaron a los que están aquí en Venezuela, porque si no cómo es que la gente está comprando esa cantidad de cosas con un salario mínimo tan bajo. No coincide. Esas son las cosas incomprensibles de la Venezuela que estamos viviendo.

Hoy Javier, días después del bombardeo y la detención de Maduro, prefiere no salir de su casa.

—Aquí la gente no celebra. Todo lo que pasa con ese tipo de situaciones, la gente no celebra nada. Lo celebra tú, internamente.

—Ese día Javier vio también por televisión el momento en el que Dely Rodríguez, antes vicepresidenta de Maduro, asumió la presidencia interina del país.

—Yo creo que es una etapa de transición, obviamente no pueden quitar a uno del poder para poner otro, tiene que ser alguien de ellos. Ya habrá diálogos de cómo van a manejar Venezuela. Pero aún está Diosdado, está Padriño López, están los hermanos Rodríguez, lo que significa que todavía estamos bajo el mando de ellos —dice Javier—. Yo creo que los cambios shorta no van a suceder, creo que se va a normalizar la situación. De hecho, ya las aerolíneas internacionales están funkeando, abrieron el espacio aéreo, ya están se activan las rutas comerciales, comienzan algunos colegios, las líneas de béisbol, y ya lo que nos queda es esperar qué cosas vendrán de parte y parte. Obviamente uno tiene esperanza porque por lo menos Dely Rodríguez dijo que van a estar en colaboración con Estados Unidos. Ya eso es un alivio.